

MENSAJE DE SU SANTIDAD
EL PAPA LEÓN XIV
PARA EL 11th DÍA MUNDIAL DE ORACIÓN
POR EL CUIDADO DE LA CREACIÓN 2026

[1st de septiembre de 2026]

***"Convertirán sus espadas en arados
y sus lanzas en ganchos de podar" (Isaías 2:4)***

Queridos hermanos y hermanas,

Nuestro Señor Jesucristo vino para que tuviéramos vida y la tuviéramos en abundancia (cf. *Jn* 10:10). Este don de la vida está en el corazón mismo de nuestra misión como discípulos y de nuestra vocación compartida para construir una civilización de amor. Al conmemorar este Día Mundial de Oración por el Cuidado de la Creación, una vez más se nos invita a contemplar el don de la vida y a apreciar la tierra que la sostiene, pues son formas tangibles de ofrecer alabanza a nuestro Creador.

Hoy en día, estamos siendo testigos de muchas crisis y mucho sufrimiento humano. Al mismo tiempo, parece que la alteración del equilibrio armonioso de la creación se está acelerando. Estos fenómenos no son ajenos; Son una única súplica de sanación y paz que surge de un mundo herido.

El Dios de la vida, revelado en Jesucristo, ofrece una paz que el mundo no puede dar: "La paz os dejo; mi paz os doy" (*Jn* 14:27). Esta paz no es ni superficial ni efímera; fluye del amor duradero de Cristo y de su cuidado por cada persona humana.

Sin embargo, esta promesa de paz contrasta fuertemente con las realidades que vemos en muchas partes del mundo. El profeta Isaías habló de un tiempo en que las naciones "convertirían sus espadas en arados" (*Is* 2:4), transformando lo que destruye la vida en lo que la sostiene. Pero hoy, con demasiada frecuencia, somos testigos de todo lo contrario, ya que los esfuerzos siguen dirigiéndose hacia la violencia y la guerra.

La guerra deja heridas que se extienden mucho más allá del campo de batalla. Cobra vidas, destroza familias y obliga a millones a huir de sus hogares, profundizando así el miedo, la injusticia y la división (cf. ***Gaudium et Spes***, 77-82). La guerra también deja tras de sí una destrucción social y

ecológica que perdura durante generaciones. Además, la interacción entre los conflictos armados y la degradación ambiental suele crear un círculo vicioso que destruye ecosistemas, contamina recursos esenciales como el aire y el agua, y socava la seguridad alimentaria. Esto alimenta la pobreza, la desigualdad y nuevas tensiones sociales que pueden contribuir a la aparición de nuevos conflictos.

Además, la guerra crea heridas que dañan todo el tejido de la vida, dañando no solo a personas y comunidades individuales, sino también su red más amplia de relaciones con toda la familia humana y su armonía con la creación. Revela un fracaso más profundo para vivir a imagen y semejanza de Dios, para respetar la vida y para cuidar la tierra que se nos ha confiado. Esto no solo es un fracaso político, sino también uno moral y espiritual. Arraigada en deseos distorsionados y en el mal uso de la libertad y el poder humanos, la guerra es un contratestigo del Evangelio de la paz.

Las crisis mencionadas no solo exigen responsabilidad, sino también una conversión de corazón que dé fruto en una fidelidad más profunda a Dios, amor mutuo y respeto por el don de la creación. De hecho, la discordia que vemos en el mundo, como la violencia, la injusticia y la degradación ecológica, no es simplemente el resultado de sistemas o estructuras defectuosas; es un "síntoma de la dicotomía más profunda que está arraigada en la humanidad misma" (*Gaudium et Spes*, 10). De hecho, el corazón humano es el lugar donde se desarrollan las luchas más profundas y donde se revela nuestra condición caída. No es solo el asiento de la emoción, sino el centro de la persona — el lugar donde la razón, el deseo, la voluntad y la conciencia convergen. Es aquí donde luchamos con los deseos contradictorios que llevamos dentro de nosotros entre el amor y la indiferencia, la verdad y la ilusión, la justicia y la injusticia (cf. *Jas* 1:14–15). Las heridas de la guerra y la degradación de la tierra, entonces, están profundamente ligadas al estado del corazón humano. Los conflictos que atormentan a la humanidad son, en muchos sentidos, la expresión externa de la discordia y la división interior. Cuando el corazón se distorsiona, las relaciones se ven afectadas y las estructuras que construimos empiezan a reflejar ese trastorno.

El **Papa Benedicto XVI** nos recordó que "los desiertos exteriores del mundo están creciendo, porque los desiertos internos se han vuelto tan vastos" (*Homilía para la Solemne Inauguración del Ministerio Petrino*, 24 de abril de 2005). Esto nos llama a reconocer que, de alguna manera, lo que está roto a nuestro alrededor también lo está dentro. Por tanto, para construir una sociedad pacífica, no solo debemos reformar estructuras, sino también renovar nuestros corazones. Las causas profundas del conflicto y la explotación de la creación provienen de una

crisis ética y cultural, incluyendo la pérdida del sentido de los límites, el deseo de dominación, la búsqueda de beneficio inmediato y la incapacidad para reconocer la dignidad dada por Dios a cada persona humana.

El llamado profético a "convertir espadas en arados" (*Is 2:4*) no es solo una visión para las naciones, sino un llamado a cada persona. Nos invita a transformar el daño en vida. Sin embargo, esta transformación no puede lograrse únicamente mediante un cambio externo. Requiere, cooperando con la gracia de Dios, una conversión personal y colectiva más profunda — un regreso a Dios, que reordenará nuestros deseos, sanará nuestras heridas y nos ayudará a crecer en virtud.

Sin esta transformación interior, la paz seguirá siendo frágil y de corta duración. Pero donde los corazones se renuevan, comienzan a abrirse nuevas posibilidades. Lo que se ha usado para destruir puede redirigirse hacia la vida, hacia el cuidado de los pobres, el alimento de los hambrientos y la salvaguarda de la creación. Este es el camino de la auténtica conversión ecológica, donde los efectos de nuestro encuentro con Jesucristo se hacen evidentes en nuestra relación con el mundo que nos rodea (cf. Francisco, *Laudato Si'*, 217). La paz, entonces, comienza en el corazón y fluye hacia nuestras relaciones, comunidades y el mundo en general.

Aunque los desafíos que tenemos ante nosotros son enormes, Dios no nos deja sin los medios de sanación y transformación. En lugar de las armas de guerra, el Dios de la paz nos concede la fuerza para sanar, reconciliar y construir una civilización de amor. De este modo, estamos llamados a salvaguardar los muchos "ecosistemas" que se nos han confiado: los ecosistemas de la creación, de las relaciones humanas y del propio corazón humano.

Imaginemos un mundo en el que las energías actualmente invirtiendo en la guerra se dirijan hacia el desarrollo humano integral, hacia superar la pobreza, proteger la dignidad humana y reconciliar a pueblos divididos. Tal visión refleja la fe en la venida del Reino de Dios.

Las verdaderas herramientas para construir la paz no son las armas de destrucción, sino la verdad, el diálogo, la paciencia, la bondad, la justicia, la misericordia, la comprensión, el cuidado y el amor. Estos fluyen de corazones moldeados por el Evangelio y sostenidos por la gracia de Dios. Solo estas cualidades poseen el poder de transformar a las personas, renovar comunidades y sanar las heridas de nuestro mundo.

Queridos hermanos y hermanas, el camino que tenemos ante nosotros es claro, aunque no sea fácil. Estamos llamados a permitir que nuestros

corazones se renuevan, para que podamos buscar la paz y el cuidado de la creación. La Escritura nos dice que protejamos nuestro corazón, porque todo lo que hacemos fluye de ellos (cf. *Pro 4:23*).

Si asumemos esta tarea con humildad y fe, nos convertiremos en colaboradores en la obra de renovación de Dios. Nos moveremos, lenta pero seguramente, del desierto al jardín, de la división a la comunión, y de la violencia a la paz.

Que el Señor nos conceda el valor de caminar por este camino, para que en nuestro tiempo las espadas puedan ser realmente convertidas en arados, y la promesa del Evangelio echar raíces más profundas en nuestro mundo, y la paz de Cristo reine sobre toda la creación.

Del Vaticano, 15 de agosto de 2026, Asunción de la Santísima Virgen María.

LEÓN PP. XIV

<https://www.vatican.va/content/vatican/en.html>